

MIS CUENTOS AFRICANOS

Nelson Mandela

Traducción del inglés de María Corniero

Las Tres Edades Ediciones Siruela

ÍNDICE



Prólogo

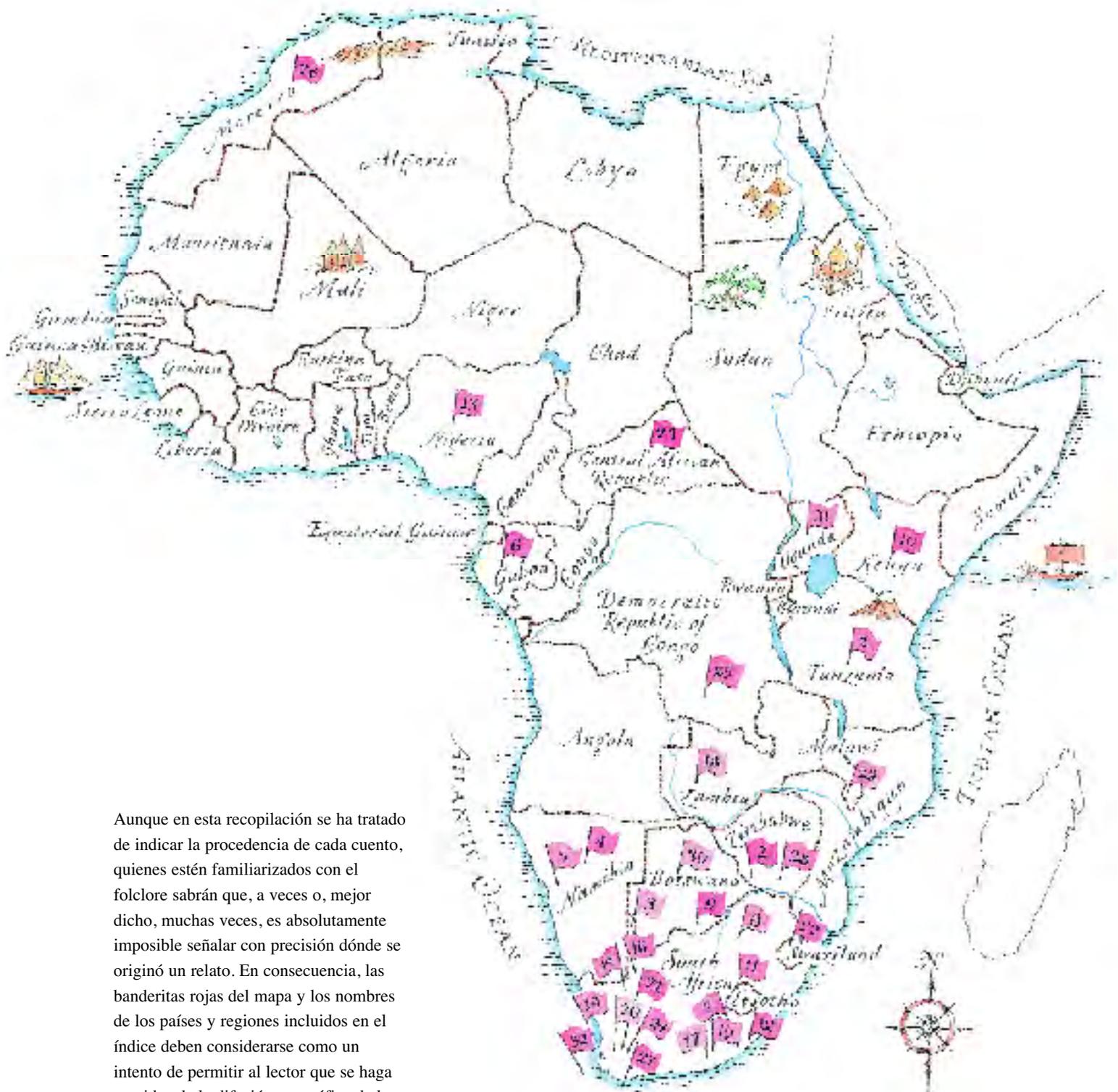
Nelson Mandela

11

MIS CUENTOS AFRICANOS

1	El ave mágica que hechizaba con su canto Tanzania	17
2	De cómo se instaló la gata dentro de la choza Zimbabue	21
3	La época de la sed san	23
4	Los regalos del Rey León khoi	27
5	El mensaje Namibia	35
6	El jefe serpiente África occidental/Zululandia	39
7	De cómo Hlakañana burló al monstruo nguni	45
8	Palabras de Sankhambi dulces como la miel venda	51
9	Mmutla y Phiri Botsuana	55

10 El león, la liebre y la hiena Kenia	61
11 Mmadipetsane Lesoto	65
12 Kamiyo del río xhosa	71
13 La araña y los cuervos Nigeria	77
14 Natiki Namacualandia	83
15 La liebre y el espíritu del árbol xhosa	87
16 La mantis y la luna san	91
17 La serpiente de siete cabezas xhosa	97
18 La venganza de la liebre Zambia	105
19 La reina loba El Cabo (malayo)	109
20 Van Hunks y el diablo El Cabo (holandés)	117
21 El lobo, el chacal y el tonel de mantequilla El Cabo (holandés)	123
22 La Princesa de las Nubes Suazilandia	129
23 La guardiana de la poza África central/Zululandia	137
24 La hija del sultán El Cabo (malayo)	141
25 El anillo del rey Reino africano mítico	151
26 El astuto encantador de serpientes Marruecos	157
27 Asmodeus y el embotellador de genios El Cabo (inglés)	161
28 Sakunaka, el joven apuesto Zimbabue	171
29 La madre que se convirtió en polvo Malawi	175
30 Mpipidi y el árbol <i>motlopi</i> Botsuana	183
31 Fesito va al mercado Uganda	189
32 Sannie Langtand y el visitante El Cabo (inglés)	199
Glosario	209
Sobre los autores	211
Sobre los ilustradores	217
Bibliografía	221



Aunque en esta recopilación se ha tratado de indicar la procedencia de cada cuento, quienes estén familiarizados con el folclore sabrán que, a veces o, mejor dicho, muchas veces, es absolutamente imposible señalar con precisión dónde se originó un relato. En consecuencia, las banderitas rojas del mapa y los nombres de los países y regiones incluidos en el índice deben considerarse como un intento de permitir al lector que se haga una idea de la difusión geográfica de los relatos más que como un esfuerzo por identificar el país de origen concreto de cada cuento.



PRÓLOGO



*En realidad no pretendemos decir
que lo que vamos a contar sea cierto, no,
en realidad no lo pretendemos.*

Estas palabras, con las que inician sus relatos los narradores de cuentos ashantis, me han parecido una introducción adecuada para una antología como la que tenemos en las manos, puesto que la mayoría de los cuentos han experimentado numerosas metamorfosis en el transcurso de los siglos. Han adquirido adornos y añadidos y, a veces, han desertado de un pueblo o grupo étnico a otro.

Un cuento es un cuento y cualquiera puede contarlo como le dicte su imaginación, su forma de ser y su entorno; y si al cuento le crecen alas y otros se lo apropian, no hay manera de retenerlo a nuestro lado. Cualquiera día volverá a nosotros, enriquecido con nuevos detalles y con una nueva voz. Esta característica particular de los cuentos populares queda ilustrada en el colofón tradicional de los narradores ashantis: «Ésta es la historia que he relatado, tanto si es agra-

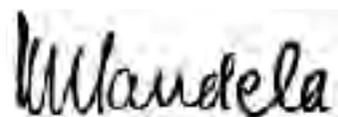
dable como si no lo es; llevaos una parte a otro lugar y dejad que otra parte vuelva a mí».

Esta antología reúne varios cuentos africanos muy antiguos y los devuelve a través de nuevas voces a los niños de África, después de que hayan realizado largos viajes de muchos siglos por lugares remotos. Es una colección que ofrece un ramillete de relatos entrañables, pequeñas muestras de la valerosa esencia de África, que en muchos casos son también universales por el retrato que hacen de la humanidad, de los animales y de los seres místicos.

Los niños descubrirán de nuevo muchos de sus temas favoritos en los cuentos africanos, o tal vez se encuentren con ellos por primera vez. Tenemos aquí a una astuta criatura que consigue burlarse de todos, incluidos los adversarios de mucho mayor tamaño: los zulúes y los xhosas le llaman Hlakañana, y los vendas, Sankhambi; a la liebre, una pilluela muy ingeniosa; al artero chacal, casi siempre en el papel del truhán; a la hiena (a veces asociada al lobo), que es la perdedora de todas las historias; al león, el jefe de los animales y quien les distribuye regalos; a la serpiente, que inspira miedo y a la vez es el símbolo del poder sanador, combinado a menudo con el poder del agua; hay también hechizos que pueden acarrear la desgracia o conceder la libertad; personas y animales que se metamorfosean; siniestros caníbales que aterrorizan a grandes y pequeños.

La colección incluye asimismo algunos relatos nuevos de distintas regiones de Sudáfrica y del continente con los que se ha querido complementar los antiguos tesoros.

Es mi deseo que la voz del narrador de cuentos nunca muera en África, que todos los niños de África puedan maravillarse con los libros y que nunca pierdan la capacidad de ampliar sus horizontes del mundo con la magia de los relatos.



Nelson Mandela
(Madiba)

MIS CUENTOS AFRICANOS





Una parte de las ganancias obtenidas con este libro se entregará a la Nelson Mandela Children's Fund.

Para los niños de África,
con todo el afecto de Madiba



1 EL AVE MÁGICA QUE HECHIZABA CON SU CANTO



Este cuento de África oriental sobre la inocencia y el poder de los niños fue recogido a comienzos del siglo XX en Benalandia, Tanganica (hoy Tanzania), por el pastor Julius Oelke de la iglesia misionera de Berlín. El ilustrador es Piet Grobler.

Un buen día, una extraña ave llegó a un poblado arropado por los cerros. A partir de entonces, no volvió a haber seguridad. Lo que los aldeanos plantaban en los campos desaparecía por la noche. El número de ovejas, cabras y gallinas menguaba de mañana en mañana. E incluso a plena luz del día, mientras la gente trabajaba en el campo, la gigantesca ave forzaba la entrada de almacenes y graneros y les robaba las provisiones guardadas para el invierno.

Los aldeanos estaban desolados. La desdicha se abatió sobre la comarca y por todas partes se oían lamentos y rechinar de dientes. Nadie, ni el más arrojado héroe de la aldea, logró echar la mano al ave. Era demasiado veloz para ellos. Apenas alcanzaban a entreverla: sólo oían batir sus grandes alas cuando se posaba en la copa del viejo sándalo amarillo, bajo su tupido dosel de follaje.

El jefe de la aldea se mesaba los cabellos desesperado. Un día, después de que el ave diezmara sus rebaños y sus reservas invernales, ordenó a los ancianos que afilaran hachas y machetes y atacaran al ave como un solo hombre.

–Talaremos el árbol, ésa es la solución –dijo.

Con las hachas y los machetes relucientes y cortantes como cuchillas, los ancianos se aproximaron al árbol. Los primeros golpes cayeron con fuerza sobre el tronco y se hundieron profundamente en su carne. El árbol se estremeció, y del denso y enmarañado follaje de la copa emergió la extraña y misteriosa ave. Entonaba una canción dulce como la miel, que caló en el corazón de los hombres al hablarles del pasado que nunca había de volver. Tan portentoso era aquel canto que de las manos de los hombres se fueron desprendiendo uno a uno machetes y hachas. Se prostraron los ancianos de rodillas y alzaron los ojos, cargados de añoranza y nostalgia, hacia el ave que cantaba para ellos en todo su deslumbrante y vistoso esplendor.

A los ancianos se les debilitaron los brazos y se les ablandaron los corazones. «Imposible», pensaron, «esta preciosa ave no puede haber causado tantos estragos». Y cuando el encarnado sol se hundió por el oeste, regresaron caminando como sonámbulos y comunicaron al jefe que no harían daño al ave por nada del mundo.

El jefe se disgustó mucho.

–Entonces tendré que recurrir a los jóvenes de la tribu –dijo–. Que sean ellos quienes destruyan el poder del pájaro.

A la mañana siguiente, los jóvenes empuñaron sus refulgentes hachas y machetes y se dirigieron hacia el árbol. También esta vez cayeron con fuerza sobre el tronco los primeros golpes y se hundieron profundamente en su carne. Y, como en la ocasión anterior, el dosel de ramas se abrió para dar paso a la extraña ave de plumaje multicolor. Una melodía de incomparable belleza volvió a resonar entre los cerros. Los mozos escuchaban hechizados la canción que les hablaba de amor, de valentía y de las heroicas hazañas que les depararía el futuro. «Aquella ave no podía ser mala», pensaron. Imposible que fuera una infame. A los jóvenes se les debilitaron los brazos, hachas y machetes se desprendieron de sus manos y, como antes habían hecho sus mayores, se arrodillaron para escuchar arrobados el canto del ave.

Al caer la noche, volvieron aturdidos, dando traspiés, a presentarse ante el jefe. En sus oídos aún resonaba la cautivadora canción del ave misteriosa.

–Es imposible –dijo el cabecilla del grupo–. Nadie es capaz de resistirse a la magia de este pájaro.

El jefe montó en cólera.

–Ya sólo me quedan los niños –dijo–. Los niños distinguen la verdad de lo que oyen y ven con claridad. Me pondré al frente de los niños para acabar con el ave.

A la mañana siguiente, el jefe y los niños de la tribu se encaminaron hacia el árbol donde reposaba la extraña ave. En cuanto los niños hicieron sentir al árbol la dentellada de sus hachas, el dosel de follaje se separó y apareció el ave con la deslumbrante hermosura de siempre. Pero los niños no miraron hacia arriba. Su mirada no se apartó de las hachas y machetes que empuñaban. Y se pusieron a dar golpes y más golpes, siguiendo el ritmo de su propio canto.

El ave rompió a cantar. El jefe oyó la belleza sin par de la canción y sintió que se le debilitaban las manos. Pero los oídos de los niños sólo escuchaban el sonido seco y acompasado de sus hachas y machetes. Y por muy subyugante que fuera el canto del ave, el ritmo de los golpes persistía.

Finalmente, el tronco crujió y se partió en dos. El árbol se desplomó y con él cayó la extraña y misteriosa ave. El jefe la encontró yaciendo en el suelo, aplastada por el peso de las ramas.

La gente acudió en tropel desde todas las direcciones. Los endurecidos ancianos y los robustos jóvenes no podían creer lo que habían logrado los niños con sus finos brazos.

Esa noche, el jefe organizó un gran festejo para recompensar a los niños por lo que habían hecho.

–Vosotros sois los únicos que distinguís la verdad de lo que oís y que veis con claridad –dijo–. Vosotros sois los ojos y los oídos de la tribu.